NADIE SE SALVA

Mónica Cristina Cena

Image not found.

Capítulo 1

NADIE SE SALVA

Este es un tiempo de locos. ¡Nadie se salva!

Por la mañana, el primero que sufre nuestra esquizofrenia es el pobre despertador que recibe los insultos más violentos. Luego, cualquier cosa inanimada que se cruce en nuestro camino y nos haga perder ese valioso minuto que nos acerca a puerta.

Para los que usan su propio auto, quizás, el enojo sea diferente. Pero los que usamos el transporte público... ¡Ah, esa es otra historia!

Al finalizar el día, el cansancio y la frustración nos hacen llorar por pavadas y no falta algún oportuno que sugiera, por supuesto con la mejor intención, que visitemos a un profesional. "¿No tendrás depresión?", nos dicen. "¿Por qué no hacés terapia?".

Eso le pasó a Carmencita, la maestra, que después de varios días de angustia y llanto, accedió a escuchar los consejos y fue a ver un psiquiatra.

Nunca había estado en un consultorio de esos. Conocía el del dentista, el del ginecólogo, el del médico clínico, pero jamás había entrado en un lugar tan acogedor como ese. Estaba decorado con buen gusto, con plantas de interiores, muebles de cañas rústicas con almohadones de pana junto a un ventanal enmarcado por dos gruesas cortinas beige, y había cuadros que reproducían obras famosas.

Carmencita sintió que así quería su living cuando terminara de construir su casa y así quería su jardín cuando quitara todos los escombros de la construcción.

¡Este rincón es un Edén!, pensó.

Detrás del escritorio estaba el psiquiatra. Después de tomarle los datos, la invitó a recostarse en el diván de caña.

¿Cuánto hacía que su cuerpo no reposaba en algo tan mullido? Era un placer.

Tras algunas preguntas que le hizo el profesional, Carmencita tocó el tema

de los "deseos".

—¿Y usted qué desea, Carmen? —dijo el médico mientras anotaba en una libreta— Diga...

Carmencita sólo necesitó ese pie para contar todo lo que tenía para decir. Y habló mientras miraba por la ventana:

—Quiero caminar lento debajo de los árboles, descalza, con el cabello suelto. Sentir la brisa suave en mi piel y cerrar los ojos para escuchar el canto de los pájaros. Quiero sentarme entre las flores y sentir su aroma hasta quedarme dormida sobre el pasto. Después, al abrir los ojos, quiero contemplar el cielo entre las ramas que se van deshojando. Quiero retener todos los colores de la naturaleza, todos los aromas, todos los sonidos.

De pronto el silencio que había en el consultorio fue tan llamativo que Carmen se irguió para ver qué pasaba. Y encontró al pobre hombre llorando con la cabeza hundida en su brazo sobre el escritorio.

—¿Qué le pasa, doctor?

—Yo... —balbuceó el hombre—. Yo... ¡Quiero lo mismo!